

EL CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE VARIEDADES

REPÚBLICA DEL SALVADOR EN CENTRO-AMÉRICA.

AÑO II.

SAN SALVADOR, DOMINGO 2 DE ABRIL DE 1882.

NUM. 44

ADVERTENCIA.

La Iglesia Católica, al consagrar todos los días de la próxima Semana Santa á la conmemoracion de los misterios de la Pasion y Muerte del Divino Redentor del Mundo, quiere que los fieles prescindan de cualquiera otro asunto ú ocupacion, y fijen exclusivamente su pensamiento y su afecto en aquellos grandes prodigios del amor divino.

“El Católico,” que es católico de corazón, que es de católicos y para católicos, corresponde gustoso á ese llamamiento de la Iglesia; por cuya razon prescinde en este número de sus acostumbradas secciones y trabajos, para ocuparse solo de los grandes objetos que venera el mundo en esta sagrada Semana.

Al hacerlo así, “El Católico” cree, que no solo cumple un deber filial, sino que merecerá la aprobacion de todos sus lectores, que como él pertenecen á la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, llevando en su mente la fé de Jesu-Cristo y su santo amor en el corazón.

LA REDACCION.

SEMANA SANTA.

Hemos llegado, despues de cuarenta dias de preparacion, á la *Gran Semana* de los misterios de la Redencion.

La semana que empieza el Domingo de Ramos y termina el Sábado Santo, tiene varias denominaciones.

Se llamaba antiguamente *Semana Penosa*, con alusion á las penas y martirios del Salvador; *Semana de indulgencia*, porque en ella los penitentes recibian la absolucion y en seguida eran admitidos á la comu-

nion de los fieles; *Semana del ayuno*, porque en los seis dias de ella nadie tomaba otro alimento que pan, agua y un poco de verdura.

En la época presente se llama en todas partes *Semana Mayor*; porque en las edades del mundo se cuentan dos grandes semanas.

La primera es aquella en que Dios crió el mundo, y cuyos seis dias se señalaron con otros tantos milagros de su poder: la segunda, aquella otra semana en que el mismo Dios reparó y en algun modo volvió á crear su obra, purificándola y devolviéndole su primitiva santidad con la sangre y la muerte de su Hijo.

Esta segunda semana, cuyos dias se cuentan por otros tantos milagros de su amor, es incomparablemente mas grande que la otra.

“Llamámosla *Semana Mayor*, dice el Crisóstomo, no porque tenga mas dias que las otras semanas, ni porque sus dias cuenten mayor número de horas; sino por el número y magestad de los misterios que en ella se celebran”.

En efecto, en aquellos dias se rompió la tiranía del demonio, se destruyó el imperio de la muerte, se expió el pecado, se borró la sentencia que condenaba al género humano, y se abrieron las puertas del cielo para el hombre, que, desde entónces, quedó igualado en sus destinos con los Angeles.

Finalmente se llama *Semana Santa*, á causa de la santidad de sus misterios y de las santas disposiciones con que deben celebrarse.

La Iglesia llama á sus hijos para que, purificados con la confesion, fortificados con la Eucaristía, y espiritualizados por decirlo así con el ayuno, la abstinencia y la oracion, recorran con ella el sagrado camino del Calvario.

Si no vistiéramos la blanca túnica de la gracia, ¿cómo nos atreveríamos á subir al Gólgota, para presenciar la muerte de un Dios?

Pero, si hemos llorado desde el fondo de nuestros corazones y si nos hemos purificado con el baño de la sangre reparadora, entónces sí, somos dignos de agruparnos al pié de la Cruz.

Antiguamente todos los dias de esta gran semana y los de la siguiente eran otros tantos dias de fiesta. El trabajo manual, los negocios, los asuntos judiciales estaban prohibidos; y los Emperadores Romanos confirmaron con sus decretos esta laudable prescripcion de la Iglesia.

La Semana Santa era tambien un tiempo de indulgencia y de remision.

Los Príncipes Cristianos, ya en público testimonio de veneracion por la muerte de Jesu-Cristo, ya por el deseo de imitar en algun modo su bondad, ponian en libertad algunos presos, perdonaban la vida á algu-

nos criminales, pagaban las deudas de algunos deudores y restituían la patria á algunos desterrados.

Francia, en otro tiempo tan religiosa, adoptó y conservó esta piadosa costumbre que subsistió hasta el último siglo. El Sábado de Pasion, dia en que se cerraban los Tribunales, el Parlamento de Paris se trasladaba á las cárceles públicas: allí interrogaba á los presos y mandaba poner en libertad á los que, por la naturaleza de sus delitos ó por los favorables méritos de sus causas, podia concedérseles esta gracia.

Era muy natural que la Semana Santa celebrada de esta suerte, ejerciese grande influencia sobre las costumbres públicas.

De este modo la Religion, que al parecer solo tiene por objeto la felicidad de la otra vida, contribuye de un modo maravilloso á proporcionarnos la felicidad de la vida presente.

¿Por qué, pues, ha de ser tan poco conocida y amada?

¿No bastan para abrirnos los ojos, los males de que cada dia somos víctimas?

¿Desoirémos la voz de la experiencia, que nos enseña, como la voz de un experimentado anciano?

La solemnidad con que la Iglesia celebra la Semana Santa nos recuerda la obligacion que tenemos de redoblar nuestro fervor, de asistir á los actos del culto y de tomar parte en sus augustas ceremonias.

El que falta á ese deber es indigno de llamarse cristiano.

Si las sociedades civiles juzgan ser una obligacion estricta celebrar las glorias de sus héroes, levantar monumentos é instituir fiestas en honor de hombres que, por grandes cualidades que hayan tenido, tuvieron la limitacion y la debilidad de la naturaleza humana: ¿cuánto mas estricta y sagrada es la obligacion de la gran sociedad Católica, de celebrar y honrar la memoria de su Divino Salvador, cuyas obras son misterios infinitos de amor, sabiduría y poder?

Asi lo hace efectivamente. Mas de mil ochocientas veces ha celebrado la Semana Santa, sin cansarse nunca, y siempre con nuevo fervor.

Toda la redondez de la tierra representa en estos dias el mismo espectáculo. En la inmensa Basílica Vaticana, en mas de mil quinientas catedrales, en incontable número de iglesias parroquiales y filiales, se celebran y representan los mismos misterios; y mas de doscientos millones de católicos postrados ante el altar sagrado, presenciando y participan los augustos misterios con que el género humano ofrece á su Redentor el testimonio de su adoracion, de su fé y de su gratitud.

¿Qué comparacion hay entre la brillantéz de este espectáculo, y el triste cuadro que presentan algunos pocos *espíritus ilustrados*, y *sabios modernos*, que con la risa en los lábios, la frialdad en el alma, el vacío en la inteligencia, profanan estos dias augustos con la indiferencia, con la burla y tal vez con el vicio?

Se parecen á las aves nocturnas, que tanto mas ciegas cuanto mas brillante es la luz que les hiere, caminan con mayor desatino y se precipitan á mayores extravíos.

"*El Católico*," juntando su débil voz á la voz potente de la Iglesia que resuena por todos los ámbitos del mundo, también llama á sus católicos conciudadanos, para que tomemos parte en las augustas solemnidades de nuestra santa fé.

Para que haciéndonos superiores al débil respeto humano, confesemos exteriormente la fé que tenemos en el alma, y proclamemos ante la sociedad la Religion que veneramos en nuestro hogar.

Nuestros padres nos legaron piadosas costumbres. Imitémoslos en el recogimiento con que asistían á las

procesiones, en el fervor con que recibían los Sacramentos, en la generosidad con que ayudaban al culto, en la fé con que asistían á los divinos oficios.

No hagamos atea é impía, la patria que ellos nos dejaron piadosa y católica.

DOMINGO DE RAMOS.

Hasta ahora hemos seguido los pasos del Hombre Dios al aproximarse á Jerusalem, donde va á derramar su sangre por la redencion del mundo.

Cinco dias ántes de su muerte, llegó al pueblo de Bethania, poco distante de Jerusalem, y se hospedó en casa de Lázaro.

Por la mañana púsose en camino para la ciudad montado en un pollino.

Esta circunstancia, tan sencilla en la apariencia, no se había ocultado á la vista perspicaz de los profetas.

Entrando de este modo en la Ciudad á la manera de los antiguos Jueces de Israel, el Salvador manifestaba que era verdaderamente *el Rey pacífico, el Enviado de Dios*, anunciado por los profetas.

El pueblo lo conoció así.

Inmediatamente que se divulgó la noticia de que se aproximaba, innumerable multitud de gentes salió á recibirle, llevando ramos de olivo en las manos y llenando el aire con sus aclamaciones: "*¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor!*" Estas palabras, así como los ramos y el tender las capas á su paso, probaban que los Judíos le tenían y confesaban por el Mesías.

El pueblo acompañó á Jesus hasta el templo, donde dirigió á la multitud un admirable discurso y se oyó una voz prodigiosa, último aviso que Dios daba á los Judíos para que no manchasen sus manos con la sangre del Justo, y para que no se precipitasen al abismo á que les empujaba la Sinagoga.

El sagrado Evangelio dice que: "Al ver la ciudad, lloró sobre ella. . . . ¡Si al ménos en este dia, dijese suspirando, supieras aprovecharte de mi visita, y quisieras ponerte en paz con el cielo! . . . Mas no, que ahora todo está cubierto á tus ojos." Y al mismo tiempo corrian abundantes lágrimas por las mejillas del Hombre Dios.

¡Padre tierno, que llora porque se verá precisado á castigar!

La Iglesia celebra el dia de hoy esta entrada triunfante del Salvador á Jerusalem.

Antes de la Misa, bendícense las palmas y los ramos que se llevan en la procesion; de donde provienen los varios nombres de *Domingo de ramos*, *Domingo de palmas*, *Pascua florida*, con que se designa este dia.

Esta procesion es la representacion conmemorativa de la entrada triunfante de Jesu-Cristo en Jerusalem, para que los fieles se unan en espíritu á la multitud que corrió al encuentro de Jesus.

Despues de cantado el Evangelio en que se refiere aquel acontecimiento, despues de bendecidos y distribuidos los ramos, la procesion al regresar se pára á las puertas de la Iglesia, que se encuentran cerradas por cierta razon misteriosa.

La Iglesia ha querido representarnos con el simbólico lenguaje de las ceremonias, el estado en que se hallaba el género humano ántes de la entrada de Jesu-Cristo en la Jerusalem celestial.

Aquellas puertas estaban cerradas para los hom-

bres y solo moraban allí los espíritus celestiales.

Entre tanto, una parte de la capilla del clero ha penetrado dentro de la Iglesia y entona el cántico: *Gloria, alabanza y honor sean á Ti, Cristo, Rey y Redentor.*

Los que están afuera, figurando á los hombres des- terrados del cielo, repiten el cántico de los ángeles: *Gloria, alabanza y honor sean á Ti, Cristo, Rey y Redentor.*

El sacerdote celebrante, imágen de Cristo, toca á la puerta con el pié de la Cruz; porque la Cruz es la llave que nos ha abierto las puertas del cielo, y dice estas palabras del Profeta David: *Alzad, oh príncipes, vuestras puertas, y levantaos vosotros, oh puertas; eternas, y entrará el Rey de la gloria.*"

Los de dentro preguntan:—*¿Quién es este Rey de la gloria?*

El sacerdote responde:—*El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en las batallas.*"

Esta ceremonia se verifica tres veces consecutivas.

Se abre la puerta, y el sacerdote seguido del pueblo, representando á Jesu-Cristo seguido de las almas redimidas, penetran en el interior del Templo.

Tales son en resúmen las ceremonias particulares del Domingo de Ramos.

La *Filosofía moderna*, que tanto critica las santas prácticas de la Iglesia Católica ¿podría indicar una manera mas propia de recordar el interesantísimo acontecimiento de la entrada triunfante de Jesu-Cristo en Jerusalem? ¿Podría excogitar otro medio mas á propósito para impresionar los sentidos y la imaginación del pueblo, para cautivar su corazón é inspirarle sentimientos de fé y de piedad?

Y cuando decimos *el pueblo*, queremos decir á todo el género humano, todos los hombres, sin exceptuar á los mismos *grandes filósofos*.

Ellos, como todos los demas hombres, tienen tambien sentidos; y á los sentidos es menester dirigirse para mover con seguridad del corazón. No son ángeles, ni puros espíritus, ni solo espirituales inteligencias; así lo prueba el imperio prodigioso que ejercen sobre ellos las cosas sensibles; el oro, la púrpura, los ricos adornos y á veces las criaturas mas viles, son otras tantas pruebas de que son *pueblo sensible* como los demas hombres.

En cuanto á nosotros los cristianos, dos son los sentimientos que deben embargar nuestro corazón en esta fiesta.

La alegría de ver el triunfo del Salvador, y de pensar en nuestra futura recompensa, cuando entremos con Él en la celestial Jerusalem.

La tristeza, al reflexionar que esos mismos Judíos cuyas aclamaciones llenan hoy el aire, cinco dias despues atronarán las calles de Jerusalem con sus gritos de muerte, y los contornos del Calvario con blasfemias é injurias contra Aquel mismo, á quien aclaman ahora con ramos de triunfo y con himnos de amor.

VIDA CRISTIANA.

Así como los cuerpos de su centro
Caminan siempre en pos,
Las almas tienden, por divino influjo,
A su centro que es Dios.

Como el rayo solar otra vez torna
A su foco de luz,
Las almas, atraídas por la gracia,
Tienden siempre á Jesus.

Esas almas podrán con el Apóstol,
Sin loco frenesí,
Decir confiadas: *"vivo, mas no yó;
El Cristo vive en mí."*

Almas regeneradas por la sangre
Del Mártir sin igual,
Vuestra vida en la tierra es el principio
De una vida inmortal.

Marzo, 1882.

JUAN JOSÉ BERNAL.

Lunes, Mártes y Miércoles Santo.

La Iglesia durante estos tres dias, recuerda los acontecimientos que precedieron próximamente á la Pasion del Redentor.

Sus oficios y sus ceremonias, sus cantos y sus preces, todo es la hermosa representacion de aquellos misterios.

Su oficio divino tiene el nombre de *Tinieblas*; ya porque los primeros cristianos los cantaban en la noche, ya porque durante ellos se van apagando sucesivamente todas las luces, para significar la sombría tristeza de la Iglesia, y la oscuridad que envolvió la tierra cuando murió Jesu-Cristo.

Los oficios de *las tinieblas* son la expresion mas patética del dolor.

En ellos solo se oyen cuatro voces. La de David, que llora con las vibraciones de su triste lira, la muerte de su Hijo y de su Señor: la de Jeremías, que sentado sobre las ruinas de Jerusalem, las riega con su llanto: la de la Iglesia, que con sus estrofas de ternura maternal, llama á sus hijos al arrepentimiento y á la conversion; y finalmente la de las santas mujeres que siguiendo á Jesus desde Galilea, subian llorando en pos de Él la cuesta del Calvario, y que representan las almas puras y amantes que lo siguen por el áspero camino de la virtud.

En estos oficios no hay Jefe ni Pastor que los presida, porque escrito estaba: *"Heriré al Pastor y se descarriarán las ovejas del redil."*

Todo es tristeza y luto: cesa el clamor de las campanas, se callan las armonías del órgano, y solo se oye al fin del oficio un ruido confuso y lúgubre, que recuerda la marcha tumultuosa de la escolta que armada de palos y conducida por Judas, fué en medio de las tinieblas pavorosas de la noche á aprehender á Jesus en el *Huerto de los Olivos*.

La *Matraca* que se usa en las Iglesias para llamar á los fieles á los oficios divinos en los últimos dias de la Semana Santa, es una reminiscencia de los antiguos tiempos, en que se anunciaban las santas asambleas por medio del sonido de unas tablas de madera.

"Con la conservación de esta práctica, dice un sabio escritor, la Iglesia parece que nos dice: Si soy tan fiel en la conservación de unas prácticas al parecer tan poco importantes, juzgad con cuanta fidelidad guardaré el depósito de las santas verdades que me ha confiado el Divino Redentor. Descansad, hijos míos, en mi solicitud; no temais que disipe ó altere el testimonio de vuestro Padre."

Juésves Santo.

Este dia es el designado para celebrar la institucion de la *Augusta Eucaristía*.

La Iglesia nos muestra, por una parte al Hijo de Dios dando al hombre una nueva é incomparable prueba de su amor paternal: y por otra parte al hom-

bre, maquinando la muerte de aquel amable Salvador.

Este contraste, que inspira dos opuestos sentimientos, es el que la Iglesia trata de patentizar en los oficios de este día.

El de la mañana respira la mayor alegría; el de la tarde está impregnado de la mas sombría tristeza.

En la Epístola de la Misa, el Apóstol San Pablo recuerda á los cristianos las disposiciones con que deben recibir la Eucaristía: y en el Evangelio, San Juan revela el amor inmenso y la indecible humildad del Hijo de Dios, postrado delante de los Apóstoles y lavándoles los piés.

¡Caridad y humildad!... éstas son las dos grandes lecciones del Redentor, éstas las dos esenciales disposiciones para la Sagrada Comunión.

Durante la Misa se efectúa la *Consagración de los Santos Oleos*, que, en cuanto á la forma data del siglo VIIº, y en cuanto al fondo se remonta hasta los tiempos apostólicos.

En vano se buscaría cosa alguna mas solemne y mas instructiva que esta ceremonia.

El Obispo celebrante se sienta delante de una mesa colocada en el centro del Santuario, á donde varios Diáconos y Sub-diáconos traen y ponen enfrente del Pontífice, los vasos que contienen los Óleos que se van á santificar.

¡Santos Oleos con que somos ungidos al entrar en el mundo y al despedirnos de él para ir á la eternidad!

El Obispo está rodeado de doce Presbíteros, que representan los doce Apóstoles, de siete Diáconos y otros tantos Sub-diáconos.

Es casi imposible dejar de recordar á Jesu-Cristo, cuando tal día como hoy estaba en la sala del Cenáculo, sentado á la mesa y rodeado de sus discípulos; es casi imposible que esta augusta ceremonia, esas sublimes oraciones, esos símbolos misteriosos no traigan al pensamiento del cristiano las mas santas instrucciones.

“Cuántas veces he asistido á la consagración de los *Santos Oleos*, dice el sabio autor que extractamos, he experimentado una profunda sensación, al ver cómo el Obispo ora para hacer descender sobre ellos las bendiciones del cielo.

“Preguntábame yo mismo — ¿Quién de nosotros será ungido primero con este Oleo? ¿Será un hermano? ¿Será un amigo? Seré yo mismo tal vez?

“Ah! cuando tales ideas penetran en nuestra mente, las ceremonias de la Iglesia nos parecen dos veces santas.

“Las reflexiones graves son hermanas de los pensamientos saludables.”

Terminada la consagración de los Santos Oleos, el Obispo vuelve al altar; y tomando la otra Hostia que ha consagrado, que ha colocado en un vaso precioso cubierto con un velo y atado con una laza, la conduce en solemne procesión al monumento.

Esta carrera triunfal, en que la Iglesia ostenta todo el esplendor de sus ornamentos y adornos, la armonía de sus himnos, el perfume de sus inciensos, la brillantez de sus cirios, y toda la piedad de su fé, es una ovación que tributa á la Majestad Sacramentada, y la expresión de su cordial agradecimiento.

La procesión no vuelve al mismo altar. Terminada su carrera, concluye en el *Monumento*, donde se deposita la Sagrada Hostia durante veinticuatro horas, y es consumida el siguiente Viérnes, día en que se omite el Santo Sacrificio de la Misa.

Este Monumento adornado con toda la magnificencia posible, é iluminado con el mayor número de cirios, figura el sepulcro del Divino Redentor; y los fieles lo visitan durante el día y la noche para honrar

al Hijo de Dios, que murió para darles la vida eterna.

La visita de los monumentos no se hace á modo de paseo, sino de manera que respire la piedad y santa melancolía que merece un sepulcro tan querido.

Numerosos grupos se asocian para este acto de piedad, recordando que todos somos hermanos y somos la familia del Redentor muerto. Durante los tránsitos van en oración, y al llegar al pié del monumento abren de par en par su corazón, para elevar á Dios sus afectos y para recibir las divinas emanaciones del augusto Sacramento.

Los oficios de la mañana se terminan con la ceremonia que hace el Sacerdote desnudando los altares y quitándoles todos sus ornamentos, en cuyo estado permanecen hasta la tarde del Sábado. Esto nos representa la profunda aflicción de la Iglesia, la desnudez de Jesu-Cristo en la Cruz, la humillación de su gloria, y el rasgarse el velo del Santuario.

HIMNO EUCARÍSTICO.

Entre la Eucaristía y la Castidad existen las relaciones mas misteriosas y los vínculos mas íntimos.

La Eucaristía es para la castidad, lo que el rocío para la flor; fecundidad, gracia y juventud.

La castidad guarda un aroma para la Eucaristía, que le envía en ondas perfumadas y suavísimas.

Testigo de esta verdad es el glorioso Tomás de Aquino, que por la elevación de su inteligencia y por el candor de su corazón, dejó de ser hombre y se transformó en Ángel.

El fué quien compuso los himnos sublimes que la Iglesia canta á el Santísimo Sacramento; porque si una armonía humana había de cantarlo, esa armonía había de salir del pecho de Aquino.

Postrado al pié de la mesa Eucarística, inclinaba delante de Jesus su blanco corazón; y, como al inclinarse una azucena derrama su fragancia, derramó aquellos afectos que recogieron, la poesía para darle su ritmo, y la música sus cadencias.

Insertamos á continuación uno de esos himnos, en que la fé, la piedad, el sacrificio, la esperanza, la humildad, son los perfumados efluvios desprendidos del cáliz de aquella azucena, en presencia del Sol que la calienta y la ilumina.

Adórote, mi Dios, devotamente,
Oculto en ese cándido accidente:
A tí mi corazón está rendido
Y contemplando en Tí desfallecido.

La vista, el tacto, el gusto se equivoca;
El oído al ascenso fiel provoca:
Creo firme y constante cuanto dije
La verdad infalible de Dios Hijo.

En la cruz la Deidad estaba oculta;
Aquí aun la Humanidad, amor sepulta,
Uno y otro creyendo y confesando,
Pido lo que el ladrón pidió penando.

Como Tomás, las llagas no percibo;
Mas por Dios te confieso eterno y vivo.
Haz, que en Tí crea siempre mas constante,
En Tí espere y te sea fino amante.

¡Oh excelso memorial de tu tormento,
Pan vivo, que á los hombres das aliento!
Concédeme que mi alma de Tí viva,
Y tu dulce sabor siempre perciba.

Con tu sangre, pelícano sagrado,
Lávame de las manchas del pecado;

Pues una sola gota es suficiente
Para salvar al mundo delincuente.

Oh Jesus, que con velo ahora te miro,
Hágase lo que tanto yo suspiro;
Para que sea yo, al verte claramente
En la gloria dichoso eternamente.

EL MANDATO

Ó

EL LAVATORIO DE LOS PIES.

El magnífico oficio del Juéves Santo termina con el lavatorio de los piés.

Está escrito que el Salvador, al tiempo de instituir el Sacramento de la Eucaristía, se humilló hasta lavar los piés á sus discípulos, diciéndoles en seguida: *Vosotros me llamais Maestro y Señor; y bien decís, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los piés, vosotros tambien debéis lavar los piés los unos á los otros; Porque ejemplo os he dado, para que como yo he hecho á vosotros, vosotros tambien hagais.*

Dócil á la voz del divino Maestro, la Iglesia ha observado al pié de la letra este precepto de practicar la humildad, ejerciendo los más humildes servicios.

Ademas lo adoptó, convirtiéndolo en otro de sus ritos, destinado á perpetuar entre las futuras generaciones la accion de Nuestro Señor.

En consecuencia, dispuso que sus principales ministros lavasen los piés á los individuos del Clero en representacion de los Apóstoles, ó bien á los pobres, como personas propias para ejercer con ellas la humildad, que nos recomendó el Señor con aquel acto de humillacion.

Hé aquí el origen de la sublime ceremonia que desde muchos siglos contempla el mundo el dia de Juéves Santo.

Las personas mas augustas y sagradas, papas, obispos, emperadores, reyes, reinas se postran delante de algunos pobres, les lavan los piés y se los besan respetuosamente, teniendo á grande honor el imitar de esta suerte el ejemplo del Hombre-Dios.

Si un romano antiguo volviese al mundo y presenciase tal espectáculo, ¡cuán grande no sería su admiracion!

Acostumbrado como estaba á mirar á los pobres como unos seres despreciables, ¡qué confusion fuera la suya al ver á los monarcas postrados á sus piés!

Esta simple ceremonia nos prueba que entre nosotros y los paganos, entre nuestras ideas y las suyas, el Cristianismo ha puesto una distancia infinita.

La ceremonia del lavatorio de los piés, se llama vulgarmente el *Mandato*: cuyo nombre se deriva, ya sea del mandamiento que el Salvador impuso á sus discípulos, diciéndoles que hicieran entre sí lo que Él habia hecho con ellos; ó bien de la antifona *Mandatum novum dó vobis: Un nuevo mandamiento os doy*, que se repite entre los versos del salmo que se canta durante la ceremonia.

En esta misma antifona se contiene otro mandamiento mucho mas importante que el lavatorio de los piés: cual es el que el Salvador dió á sus discípulos cuando les dijo, *que se amasen los unos á los otros como Él les habia amado*; precepto peculiar de la Religion cristiana, que nos comprende á todos.

Así pues, es menester que el dia de Juéves Santo, mas que en ninguna otra ocasion, nos preguntemos

con toda la sinceridad de un hombre que trata de escudriñar su conciencia:

—¿Amo á mis hermanos, como Jesucristo nos ama á todos?

Si nuestro corazon vacilare en responder, y sobre todo si manifestare algun rencor, alguna aversion voluntaria, ¿cómo tendríamos valor de acercarnos á Aquel que dice:

“Si fueres á ofrecer tu ofrenda al altar, y allí te acordáres que tu hermano tiene alguna cosa contra tí; deja allí tu ofrenda delante del altar, y ve primeramente á reconciliarte con tu hermano: y entónces ven á ofrecer tu ofrenda?”

LA ORACION DEL HUERTO.

Viendo el Hijo de Dios que ya venia
De su angustiada vida el fin tremendo,
El torrente Cedron pasa gimiendo
Y sube el monte en que llorar solia.

Era la noche; todo estaba en calma,
El viento, el mar, la tierra delincuente,
Solo Jesus allá en el Huerto siente
Terrible agitacion dentro del alma.

La luna, melancólica y sombría,
Está alumbrando con su rayo muerto
A tres hombres dormidos en el Huerto
Y al Dios del mundo que sufre en agonía.

Gime y se agita el Redentor del mundo,
Y ante su Padre con fervor inclina
Su humilde rostro, y su oracion divina
Levanta al cielo con ardor profundo.

¡Ay! ve sus manos que atará el verdugo;
Mira sus piés que clavará el madero,
Verá que el mundo le abandona entero
Desde que al Padre abandonarle plugo.

Vé que descargan sobre el cuerpo Santo
Golpes, azotes y á su augusta frente
Clavan espinas, y de la Cruz pendiente,
Se vé morir con indecible espanto.

Por eso sale, en su sudor copioso,
Sangre á torrentes del sagrado cuerpo,
Y con su riego la aridez del Huerto
Va á convertirse en un jardin frondoso.

Sangre divina por mi amor vertida,
Ven á bañar mi corazon terreno,
Dejadlo en santos sentimientos lleno,
Y renovada quedará mi vida.

X.

JESUS Y BARRABÁS.

—“O noble pueblo de la gran Judea,
Tú el árbitro serás;
¿Quién, dime, quieres tú que libre sea,
Jesus ó Barrabás?..”

—“¡Barrabás, Brrabás;!”—alborozada
Toda la plebe grita:
Y la injusticia, al encumbrarse osada,
De entusiasmo palpita.

A las turbas adula en su desprecio
El sábio, el oro suena;

Y libertad voceando, forja necio
El pueblo su cadena.

—“Yo tu sentencia reverente acato,
El fallo tú dirás:
Quién será el libre? repitió Pilato
Jesus ó Barrabás?”

—¡Barrabás, Barrabás!—clama rugiendo
La muchedumbre loca,
Con fealdad y rabia retorciendo
La blasfemante boca.

—“Yá ese Jesus, á quien el Cristo llaman,
¿Qué destino le espera?”
Pilatos les pregunta: y fieros braman
—“¡Crucificado muera!”

—“¿Qué mal hizo, ó buen pueblo ese infelice?”
Pilatos asombrado
Replica al punto: todo el pueblo dice,
—“Sea crucificado.”

El homicida grito el aire enciende,
Las calles recorriendo,
Cual vasto incendio por do quiera prende
Con pavoroso estruendo.

—“De este Jesus la muerte apetecida
No es mia, ciudadanos:
Pues su vida quereis, he aquí su vida....
Yo me lavo las manos.”

Pilatos, con cierto aire de entereza,
Habla así al pueblo rudo;
E inclinando con gracia la cabeza,
Hace un fino saludo.

Todos gritan con risas insolentes
Sus ojos en él fijos:
—“Caiga su sangre sobre nuestras frentes
Y las de nuestros hijos.”

CAROLINA SALCEDO.

SENTENCIA CONTRA JESU-CRISTO.

Hé aquí una copia literal de la sentencia pronunciada por Pilatos contra el Redentor del mundo, de cuyo documento existe copia en el archivo de la Real Academia de la Historia.

Esa bárbara sentencia, llena de crueldad, de improperios y calumnias, ha llegado hasta nosotros á través de los siglos; y respetada de las vicisitudes de los tiempos, se halló en el año 1580 una copia escrita en pergamino, en la ciudad de Aguila en el reino de Nápoles.

Dice así:

“El año XIX de Tiberio César, Emperador Romano, Monarca invencible de todo el mundo; en la Olimpiada CXXI; en la Eliade XXIV; de la creacion del mundo, segun el número y comportamiento de los Hebreos, *cuatro veces mil ciento ochenta y siete*; de la progenie del Romano Imperio el año LXXIII; de la liberacion de la servidumbre de Babilonia el año de MCCVII; siendo Gobernador de Judea Quinto Servio; so el regimiento y gobierno de la Ciudad de Hierusalem Presidente gratisimo, Poncio Pilato; Regente de la baja Galilea, Herodes Antipa; Pontífice del Sumo Sacerdocio, Caiphás, Alis, Amael, Mag-

ni; del templo Roban Anchabel; Franchino y Centaurio, cónsules romanos; y de la ciudad de Hierusalem, Quinto Cornelio Sublima y Sexto Pompilio Rusto; en el mes de Marzo, el día 25 de él:

“Yo Poncio Pilato, aquí Presidente del Imperio Romano, dentro del palacio de la archi-residencia, juzgo, condeno y sentencio á muerte á Jesus, llamado de la plebe Cristo Nazareno, y de patria Galileo; hombre sedicioso de la ley moisená, contrario al grande Emperador Tiberio César. Determino y pronuncio por ésta, que su muerte sea en una cruz, fijado con clavos á usanza de reos: porque aquí, congregando y juntando muchos hombres ricos y pobres, no ha cesado de remover tumultos por toda la Judea haciéndose hijo de Dios, Rey de Israel, con amenazarles la ruina de Hierusalem y del Sacro Templo, negando el tributo á César; habiendo tenido aun atrevimiento de entrar con ramos y triunfo y con parte de la plebe dentro de la Ciudad de Hierusalem y en el Sacro Templo. Y mando que se lleve por la Ciudad de Hierusalem á Jesu-Cristo ligado y azotado, y que sea vestido de púrpura y coronado de algunas espinas, con la propia Cruz en los hombros, para que sea ejemplo á todos los malhechores; y con él que sean llevados dos ladrones homicidas; y saldrán por la puerta Jagarda, ahora Antoniana; y que se lleve á Jesus al público Monte de Justicia, llamado Calvario, donde él crucificado y muerto, quede el cuerpo en la Cruz como espectáculo á todos los malvados, y que sobre la Cruz sea puesto el título en tres lenguas, hebrea, griega y latina (*Jesus Nazareus Rex Judeorum*).

Mando así mismo que ninguno, de cualquier estado ó calidad, se atreva temerariamente á impedir la tal justicia por mí mandada, administrada y ejecutada con todo rigor, segun los decretos y leyes romanas y hebreas, sopena de rebellion al Imperio Romano.

Testigos de la nuestra sentencia.

Por las doce tribus de Israel: Rabbaim Daniel, Rabbaim Joannim, Bonicar, Barbarsu, Labí, Petum-lani.

Por los fariseos: Bulia, Simeon, Ronol, Rabbani, Mlondaani, Boneurfœssi.

Por los hebreos: Nitamberta.

Por el Imperio y Presidente de Roma: Lucio Sextilo, Amasso Chilío.”

El Viernes Santo.

Al oír esta palabra, se oprime el corazón del verdadero cristiano; su imaginacion le traslada, á pesar suyo, á la cumbre del Calvario.

Ved como se acerca en confuso tropel un populacho; digo mal, *un pueblo*, pues hay entre esa multitud, magistrados, sacerdotes, príncipes, canosos ancianos, ricos mezclados con mendigos, mujeres y niños.

Todos suben tumultuosamente la montaña, empujándose y atropellándose unos á otros, para poder estar mas cerca del patíbulo y contemplar mas á su sabor las angustias de la Víctima.

Ved aquí ahora la Víctima que sube con paso lento, debilitada por la pérdida de la sangre, agotada por el rigor de los tormentos, pálida, agonizante; dos malhechores vienen á su lado, llevando tambien sobre sus hombros el instrumento del suplicio á que han sido condenados.

Un círculo de soldados la rodea; las trompetas sagradas de Israel y los instrumentos militares de la legión romana se adunan en fúnebres marchas.

—¿Queréis distinguir cuál de los tres condenados es el Justo?

Observad la particular crueldad con que es tratado: lleva la cabeza coronada de espinas, el rostro cubierto de sangre y de infames salivas, la mejilla rota por una cruel bofetada, la barba arrancada con crueles mecidas; es el blanco de las burlas del Pueblo y de las sangrientas sátiras de sus acusadores.

¡Y sin embargo, este que veis es Jesus, que pasó haciendo el bien!

Y entre esa muchedumbre que lo insulta, ó que vá á contemplar su suplicio, hay muchos á quienes ha dado relevantes pruebas de su inmensa bondad. A uno quizá le ha resucitado el Padre, la madre ó la hermana; á otro le curó un hijo, un amigo, un criado; á todos prodigó los tesoros de su divina sabiduría.

Es aquel mismo Jesus que, apénas hace cinco dias, entraba triunfante en Jerusalem, precedido de esa misma multitud que atronaba los contornos del monte de Olivos clamando:—*¡Gloria al Hijo de David!*
¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor!

¡Y hoy esa misma multitud grita y vocifera frenéticamente, pidiendo su sangre y su muerte.

—¿Qué ha sucedido pues?—¿Acaso Jesus ha dejado de ser lo que era cinco dias ántes?

—No; pero el pueblo, siempre inconstante y vario, ha cambiado como el viento.

Entre tanto la Víctima llega al lugar de la inmola-cion, como el hermoso Isaac, cargada con la leña del sacrificio.

Vedla ya despojada de sus vestidos; tendida sobre la cruz; sujeta por tres clavos; levantada y sembrada sobre el Calvario.

El pueblo ríe; los escribas se encojen de hombros; los fariseos observan sus menores movimientos; los soldados romanos se disputan sus vestidos; María, al pié de la Cruz, presencia este cruelísimo espectáculo, y su corazón está sumergido en un océano de dolor.

Esto pasaba hace 18 siglos, sobre una montaña cerca de Jerusalem.

El objeto de tantos ultrajes, la víctima de tantos dolores, era el Verbo Eterno, el Creador de los mundos, el Hijo único de Dios hecho Hombre, por amor al hombre.

¡Y esto no obstante, fué crucificado por el hombre!

¿Y habrá todavía quién repruebe á la Iglesia católica que haya prescrito un dia de luto solemne y universal, para perpetuar la memoria del mayor de los crímenes?

¿Qué mejor medio puede encontrarse para inspirar un santo horror á la culpa, y que esa expiacion auténtica, solemne y transmitida de generacion en generacion?

No lo dudemos; la Iglesia ha hecho con esto un gran servicio á la humanidad, dándole saludables lecciones y la expiacion de su delito ante la Justicia Divina.

Por esto, desde que se consumó el gran crimen del Calvario, la Iglesia sumida en el dolor mas profundo, ha venido celebrando el Viérnes Santo en toda la extension del mundo.

Sus lamentaciones, plegarias, luto, ceremonias, cantos, sacrificios, ayunos, mortificaciones, vigili-as, abstinen-cias. . . . son la expresion del dolor del género humano y la expiacion que la tierra envía al cielo.

LAS SIETE PALABRAS.

APÓSTROFE Á JESUS.

Pater dimitte illis: non enim sciunt quid faciunt. —Lc. c. 23.

En la cumbre del Gólgota sangriento
Los Judíos carnales se complacen
De tu agonía en el postrer momento,
Y tú dices á Dios, con suave acento:
“Perdon, Señor, no saben lo que se hacen.”

Hodie mecum eris in paradiso.—Lc. c. 23.

Dos ladrones pusieron á tu lado,
Y escuchar sus blasfemias fué preciso;
Y viendo arrepentido al un malvado
Le ofreciste el perdon de su pecado:
“Hoy entrarás conmigo al Paraíso.”

Mulier, ecce filius tuus. Ecce mater tua.—Joan. c. 25.

María estaba, con afan prolijo,
Inmediata á la Cruz, rogando al Padre;
Y viendo á Juan junto al suplicio, fijo,
Les digistes: “Mujer, hé allí tu hijo”
Y tornándote á aquel: “vé allí tu madre.”

Deus meus, ¿ut quid dereliquisti me?—Math. c. 27.

Tus angustias crecieron tanto, tanto,
Al verte de los tuyos separado,
Que con voz apagada por el llanto
Invocaste doliente al Padre Santo:
“¿Por qué, mi Dios, me habeis abandonado?”

Sitio.—Joan. c. 19.

La gente farisaica despiadada,
De las turbas dejándote á merced,
Te dió á gustar, con expresion airada,
Una esponja en ácido empapada,
Oyendo que esclamabas: “tengo sed.”

Consummatum est.—Joan c. 19.

Era forzoso expiar un gran delito,
Y redimir al hombre del pecado,
Cumpliendo lo que estaba ántes escrito,
Y por eso lanzastes aquel grito,
Que al orbe conmovió: “¡Se há consumado!”

Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.—Luc. c. 23.

Se cumplía, en momento tan sombrío,
El prodigio mas grande y estupendo
Que nos rescata del demonio impío,
Y entónces esclamastes: “Padre mio,
En tus manos, mi espíritu encomiendo.”

JUAN JOSÉ BERNAL.

1878.

Á LA MUERTE DE JESUS.

SONETO.

Muere Jesus del Gólgota en la cumbre,
Con amor perdonando al que lo hería;
Siente deshecho el corazón María
Del dolor con la inmensa pesadumbre.

Se aleja con pavor la muchedumbre,
Cumplida ya la santa profecía;
Tiembra la tierra; el luminar del día,
Cegando á tal horror, pierde su lumbré.

Se abren las tumbas; se desgarrá el velo;
Y á impulso del amor grande y profundo
Parece estar la Cruz, signo de duelo,

Cerrando augusta con el pié el profundo,
Con la excelsa cabeza abriendo el cielo,
Y con los brazos abarcando el mundo.

(De La Cruz.)

Sábado Santo.

Desde la tarde del Viérnes hasta la mañana del Domingo, la Iglesia Católica es una viuda desolada, que vela y riega con sus lágrimas el sepulcro de su divino Esposo.

Por esto sus oficios son mas prolongados: pero en medio del dolor profundo que domina en ellos, se observan algunos como transportes de alegría, causados por la fé que tiene en el misterio consolador del día siguiente.

El oficio del Sábado Santo se compone de seis partes principales.

1.º *La bendición del fuego nuevo*, que se saca no del hogar, sino del pedernal, que se consagra para el servicio divino y que es figura de la ley nueva de gracia y de amor, que nació del Sepulcro de Cristo, así como el apagado fuego viejo, es imagen de la ley antigua, que feneció con la muerte del Salvador.

2.º *La bendición del Cirio pascual*, que simboliza la resurrección de Jesucristo para ser la luz del mundo. El cántico sublime *Exultet jam Angelica*, que es atribuido al genio de San Agustín, es el himno de victoria con que el cielo y la tierra aplauden el triunfo inmortal de Jesucristo. Los cinco granos de incienso que el Diácono le pone en forma de Cruz, son emblema de las cinco llagas de Nuestro Señor y de los aromas con que fué embalsamado su Cuerpo. Finalmente la forma de columna que se dá al Cirio pascual, representa la asistencia de Cristo á su Iglesia, que como la columna brillante del desierto, guía á su pueblo, lo defiende y lo ilumina.

3.º *Las lecciones*. Es una mirada retrospectiva de la Iglesia desde la creación del hombre hasta su redención. Son doce lecciones tomadas de varios libros del antiguo Testamento, que reasumen la historia, la ley y los profetas del pueblo de Dios.

4.º *La bendición de las pilas bautismales*, donde antiguamente se regeneraban los catecúmenos y ahora contienen las aguas purificantes que dan al hombre la vida de la gracia.

5.º *La Misa*. En la que se canta el *Alleluia*, como el primer crepúsculo de la luz de la resurrección.

6.º Finalmente *las vísperas*, en que se preludian ya las armonías del Himno de victoria.

"*Alabad al Señor todas las gentes, canta la Iglesia, alabadle todos los pueblos; porque su misericordia se ha manifestado sobre nosotros y la verdad del Señor permanece eternamente.*"

Cuando el Profeta David cantaba este mismo verso, entendía por *gentes*, los gentiles y por *pueblos*, los hijos de Israel, dos agrupaciones separadas antiguamente; pero ahora la Iglesia los considera unidos en el gran día de Jesucristo, y fusionados por una misma fé, para no formar más que una sola Iglesia y una misma familia.

Como se vé, el espíritu de la Iglesia en sus oficios del Sábado Santo, es que nos sepultamos en el sepulcro con Jesucristo; que dejamos allí los despojos del hombre viejo y de las antiguas concupiscencias; y nos levantemos con Él resucitados á la vida nueva de la gracia, que es el preámbulo de la vida inmortal de la gloria.

Para santificar nuestro dolor por la muerte de Jesucristo, la Iglesia nos presenta el hermoso tipo del dolor y de la soledad de María, que ya al pié de la Cruz, ya sobre la tumba de su Divino Hijo, ya en el retiro de su orfandad y viudez, nos ofrece el mas sublime modelo de todas las virtudes y los ejemplos del mas santo de los sufrimientos.

MARÍA DOLOROSA.

(Soneto.)

Junto al pié de la Cruz está María,
En un mar anegada de amargura,
Y oye á Jesus, que de perdon murmura
Palabras que recoge en su agonía.

Y llena de piedad, como él, envía
Al cielo su plegaria tierna y pura,
Olvidando el dolor con que tortura
Su alma de madre la Nación Judía.

Venid á meditar en nuestro templo
Ese misterio de sublime pena,
De amor y de dolor mezcla sagrada,
De que María os dá piadoso ejemplo
Y la vereis allí con faz serena,
"Sin clavos y sin cruz, crucificada".

JUAN JOSÉ BERNAL.

Marzo de 1882.

LLANTO DE MARÍA SOLITARIA.

—Venid y ved, mortales,
Si hay en el mundo tan acervos males
Que puedan compararse á mi aflicción!
¡La inhumana saeta del deicida,
Volviendo de rechazo enfurecida,
Siete veces hirió mi corazón!

¡Ah, mi Jesus amado
Cuán sola en esta tierra me has dejado!
¡Cuán llena de tormentos y de penas!
Envano tornará la primavera
Vistiendo con sus galas la pradera:
¡Siempre gimiendo me verá al pasar!

Las rocas del Calvario
Repitirán mi acento funerario
Mientras el Sol me alumbra con su luz!
Y, solitaria tórtola sin nido,
Entonaré mi canto amortecido
Sobre las secas ramas de la Cruz.

Me dejas por herencia
El hombre, cuya bárbara inclemencia
Es causa de mi angustia y tú pasión!
Yo le amaré, porque también le amaste;
Yo rogaré por él, pues tu rogaste;
¡No importa que me hiera el corazón!

V. S.

IMPRESA DE "EL COMETA," PLAZA DE SAN JOSÉ.